

PLUMA y  
LAPIZ



NÚM. 81

S. M. EL REY DON ALFONSO XIII



## LA MITAD...

### ¡Y OTRO TANTO!

Yo no sé por qué razón hemos dado en llamar al sexo femenino «la mitad del género humano».

Mitad es, mientras la Academia de la Lengua no disponga otra cosa; cada una de las dos partes iguales de que se compone un todo.

¿Son iguales las dos mitades, sexo masculino y femenino, de que se compone el todo, género humano?

La estadística nos ha demostrado que á cada varón le corresponden qué sé yo cuantas mujeres; es decir, y perdonen las señoras la grosería de la estadística, que sobran mujeres y, por tanto, que llamar «mitad del género humano» al sexo femenino, es como llamar choza á un palacio, lancha á un acorazado de segunda, y miniatura á don Alberto Aguilera.

Y no es lo malo que esa «mitad» no sea mitad, sino «mitad... y otro tanto». Lo peor es que á esa «mitad» la ha dado por partirnos por ella misma; por la *mitad*.

Hace ya algún tiempo que el sexo débil (otro error, llamarlo débil), nos ha declarado la guerra, guerra á muerte, cruel, verdaderamente terrible, mucho más terrible aún que la guerra de castas, porque ésta lo era solamente «de castas» y la actual lo es «de castas» y de *no castas*.

La mujer se ha hecho dueña absolutamente de todos los oficios que hasta estos tiempos de calamidades venían siendo del



dominio del sexo feo, y dicho sea esto de *feo* sin

ánimo de ofender en lo más mínimo al sexo.

Todos los días se abren nuevos establecimientos servidos por señoritas más ó menos... *señoritas*. Los mozos de café van desapareciendo lenta pero sucesivamente, sin que para nada les sirva alegar que saben perfectamente su obligación y que las señoritas camareras no sabrán tener tan satisfecha á la parroquia, como ellos.

¡Desgraciados!... ¿Acaso no es preferible á un buen mozo una buena moza?

Esto mismo sucede con todas las industrias. Los operarios se substituyen con operarias; los contadores con contadoras (excepto el contador de la luz eléctrica, que sigue lo mismo); los cajeros con cajeras; los tenedores... con *cucharas*.

Hasta las peluquerías, patrimonio exclusivo, hasta el día, de nuestro sexo, se ven invadidas por el sexo *bello*, pues, según tenemos entendido, muy en breve se inaugurarán varios establecimientos de esta clase, servidos por señoritas que, al efecto, ya están aprendiendo á afeitar en chisteras viejas.

¡Oh, los adelantos! ¡Una nueva explicación de los sombreros de copa!

Y lo que sucede con todos los oficios é industrias sucede con el sport.

Ya tenemos señoritas que tiran á las armas, señoritas toreras, señoritas ciclistas, señoritas de *coin*. (¿De qué?)

Nada, nada, que esto no puede seguir así; que el número de mujeres es mucho mayor que el de varones y su trabajo es más barato (salvo en lo que no lo es) que el nuestro; que la competen-

cia al hombre es horrible y que dentro de algún tiempo nos será imposible el ganar una peseta, por culpa de nuestra propia señora y competidora.

Hora es ya de que el Gobierno se preocupe de nosotros, ¡pobrecitos de nosotros! y nos dedique toda su protección.

¿No hay leyes protectoras para la infancia?... ¿Por qué no las ha de haber también, para los que, no siendo niños, lo parecemos por la inocencia con que nos hemos dejado arrebatarse nuestros modos de vivir?

Según unos, el conflicto puede evitarse con sólo prohibir al hombre casarse con mujer que ejerza profesión ú oficio alguno. Esto, que haría disminuir notablemente el número de matrimonios, obligaría á la mujer que quisiera casarse (y quieren todas), á retirarse á la vida privada... de la aguja.

Según otros, puede evitarse sin necesidad de tan cruel prohibición, obligando á la mujer *trabajadora* á sostener á la familia, marido inclusive... Se comprende fácilmente que esta medida, por el contrario, aumentaría considerablemente el número de matrimonios.

Sea como sea, el caso es que se hace preciso pensar algo, pues de lo contrario, los pobrecitos hombres, *faltos de trabajo*, nos vamos á ver obligados á implorar la caridad pública.

O, por lo menos, y dado el caso de que las mujeres, por desempeñar nuestros oficios, están abandonando los suyos, nos veremos en la dura necesidad de ponernos á coser para fuera... ¡O de ofrecernos para casa de los padres!

¡Ah, mujeres, mujeres!... ¿Por qué sois nuestras



enemigas en vez de ser nuestras compañeras?... ¿Habéis olvidado que Dios os creó para endulzar la vida al hombre y no para llevar libros de comercio?...

No lo habéis olvidado, no; como no habéis olvidado las palabras del Creador á nuestros primeros padres: «Creced y multiplicaos.»

Lo que hay es que habéis confundido la *operación matemática* y creéis que las palabras del Señor fueron estas: «Creced y... dividíos»

Porque la verdad es que nos estáis *dividiendo*...

PEDRO SABAU

Ilustraciones de T. GASCÓN.

## PENSAMIENTOS

Es un héroe el hombre que siendo pobre sabe hacerse respetar como rico.

\*\*\*

No siempre una desgracia debe afligirnos, pues muchas veces viene acompañada de una alegría.

\*\*\*

Causa de nuestros males es la ignorancia del hombre y el poco amor á su familia.

\*\*\*

No siempre son vanos nuestros proyectos, si van acompañados de buenos deseos.

\*\*\*

Jamás jures ni perjures, pues tú proyectas y Dios dispone.

José UMBERT SANTOS



## CURRO EL GUAPO

(CUENTO)

EN toda Ronda no había un mozo más guapo que Curro; al decir guapo, no me refiero á la belleza con que pudo dotarle la fortuna, ya que en realidad, maldito si tenía nada que agradecerla; pues Curro era vizco del izquierdo, bastante chato y algo patizambo; quiero referirme á su valentía, y por lo que á ella atañe Curro alardeaba de no envidiar á cuartos guapos hubiese, no sólo en Ronda, sino también en todo el globo terráqueo; cierto era que no se le conocía ningún hecho que demostrase su valor; pero bastaba que él lo dijese y de paso pagase algunas copas de amontillado á los amigos, para que éstos aparentasen creer ciertas, cuantas hazañas el guapo les refería.

Curro estaba enamorado de una moza residente en un cortijo situado á poco más de media legua de la población. Todos los días, cuando comenzaba á obscurecer, íbase Curro á pelar la pava; como en ninguna parte faltan guasones y en Andalucía menos, se les ocurrió á los amigos del guapo darle una broma y conocer de pasada hasta qué punto era real el valor de que hacía alarde, y con este fin le dijeron que habíase presentado en la comarca una cuadrilla de bandidos, que se complacían en dejar á cuantos caían

en sus manos, en traje de Adán.

Al oír semejante noticia, Curro tembló; pero, dominando el miedo que le embargaba, repuso con grandes aspavientos:

—A Curro no hay quien le desnude, y si esta noche no voy á ver á mi novia, es porque no tengo armas; pero mañana, en cuanto las compre, no habrá quien impida que vaya yo al cortijo.

—Por armas, no dejes de ir esta noche; nosotros te las proporcionaremos mucho mejores de las que tú puedas comprar.

Ante esta contestación, Curro tembló como un azogado. Negarse, era confesar su cobardía y perder para siempre su fama de guapeza. Esperanzado en no tropezar con los bandidos y haciendo de tripas corazón, repuso:

—Si me dais las armas, voy esta noche á ver mi novia, y ¡ay! del que trate de desnudarme.

Poco después, los amigos ceñían en la cintura de Curro una canana con cuatro pistoletas y dos cuchillos de monte, ponían en su mano un trabuco de los llamados naranjeros, y, acompañándole hasta la salida del pueblo, se despidieron de él deseándole buena suerte.

\* \* \*

La noche era bastante oscura. Curro iba caminando con más miedo que vergüenza, creyendo ver en cada mata un bandido.

Cuando le faltaba muy poco para llegar al cortijo de su amada, detrás de un árbol salió un hombre, sin armas, y plantándose ante el valiente, le dijo:

—¡Alto ahí!... ¡Entrégame cuanto llevas ó te mato!

Tan grande fué el terror de Curro, que no se acordó de que iba armado hasta los dientes, y cayendo de rodillas, con voz angustiada púsose á suplicar le perdonase la vida. Después, dócil como un cordero, fué obedeciendo cuanto le mandaba, y en menos de dos minutos se despojó de su traje, quedándose sólo con las botas y el sombrero de catite. Sobre su desnudo cuerpo, le obligó el despojador á ceñirse la canana; le hizo coger el trabuco, y con él al hombro le mandó regresar al pueblo. Curro obedeció, poniéndose en marcha con tanto miedo que no se atrevía á volver la cabeza atrás.

\* \* \*

En el instante en que Curro pisaba las calles de Ronda, procurando llegar á su casa sin que nadie lo notara, le salieron sus amigos al encuentro, y al verle tan primitivamente vestido, prorrumpieron en tan estruendosa carcajada, que algunos vecinos se asomaron á los balcones.



—Te has dejado desnudar!—le dijo uno de los que le dieron las armas.

El guapo, para no perder su fama de valiente, con gesto y entonación despreciativos, repuso:

—A Curro no hay quien le desnude; di la ropa á un pobre que la necesitaba; pero ¡ay de él! si llega á tocarme al sombrero.

Valientes como Curro abundan en todas partes.

M. DEL CORRAL CABALLÉ

Ilustraciones de V. BUIL.

## NIMBOS

Cuando va sus clarines tocando Aurora  
el cielo con un vivo carmín colora  
y hace que á sus guaridas huya la noche  
la cuádriga azotando del negro coche;  
despierta con sus dianas las mariposas  
en sus lechos de musgos y tuberosas  
y á las niñas, que aún duermen, con sus efluvios  
llena las cabecitas de sueños rubios.

Sobre el bajel airoso de nubes blancas  
y en las rayas plumizas de las barrancas;  
sobre el verde palacio que alzan las frondas,  
á orillas de los ríos de claras ondas;  
en el cáliz de plata de las espumas  
y en los nidos alegres de hojas y plumas,  
se ven flotar los nimbos que seductora  
al ceñirse sus galas nos manda Aurora.

Sobre las frentes pálidas y adormecidas

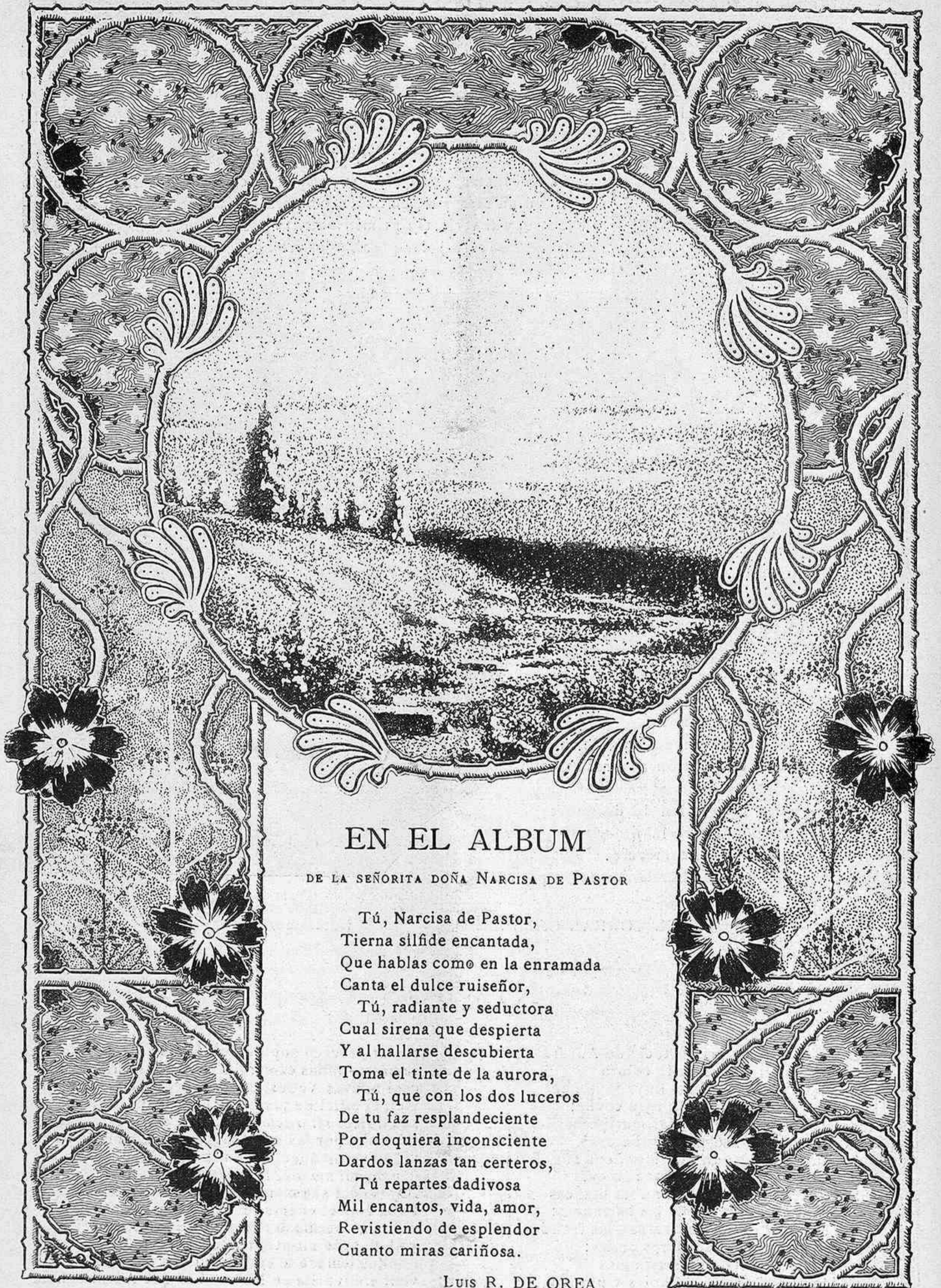
brotar parecen soplos de nuevas vidas;  
de entre-ondas esmeraldas, aún más hermosas,  
cual nuevas Venus, castas, surgen las rosas  
y en el sitial de gemas de la floresta  
sus dulces *ritornelos* trina una orquesta,  
mientras por las montañas y por los prados  
vagan resplandecientes nimbos rosados.

¡Oh, mi amada, la bella gentil señora!  
¿Oyes cual sus clarines resuena Aurora?  
Pues deja el enervante lecho mullido,  
cubra tu hermoso cuerpo blanco vestido  
y al elevado monte, triste y agreste,  
donde siempre te espero, visión celeste,  
ven, y envuelta en los nimbos que Aurora envía  
espera entre mis brazos que luzca el día!

José CIBILS

Rosario de Santa Fé.





## EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA DOÑA NARCISA DE PASTOR

Tú, Narcisa de Pastor,  
Tierna sílfide encantada,  
Que hablas como en la enramada  
Canta el dulce ruiseñor,

Tú, radiante y seductora  
Cual sirena que despierta  
Y al hallarse descubierta  
Toma el tinte de la aurora,

Tú, que con los dos luceros  
De tu faz resplandeciente  
Por doquiera inconsciente  
Dardos lanzas tan certeros,

Tú repartes dadivosa  
Mil encantos, vida, amor,  
Revistiendo de esplendor  
Cuanto miras cariñosa.

LUIS R. DE OREA

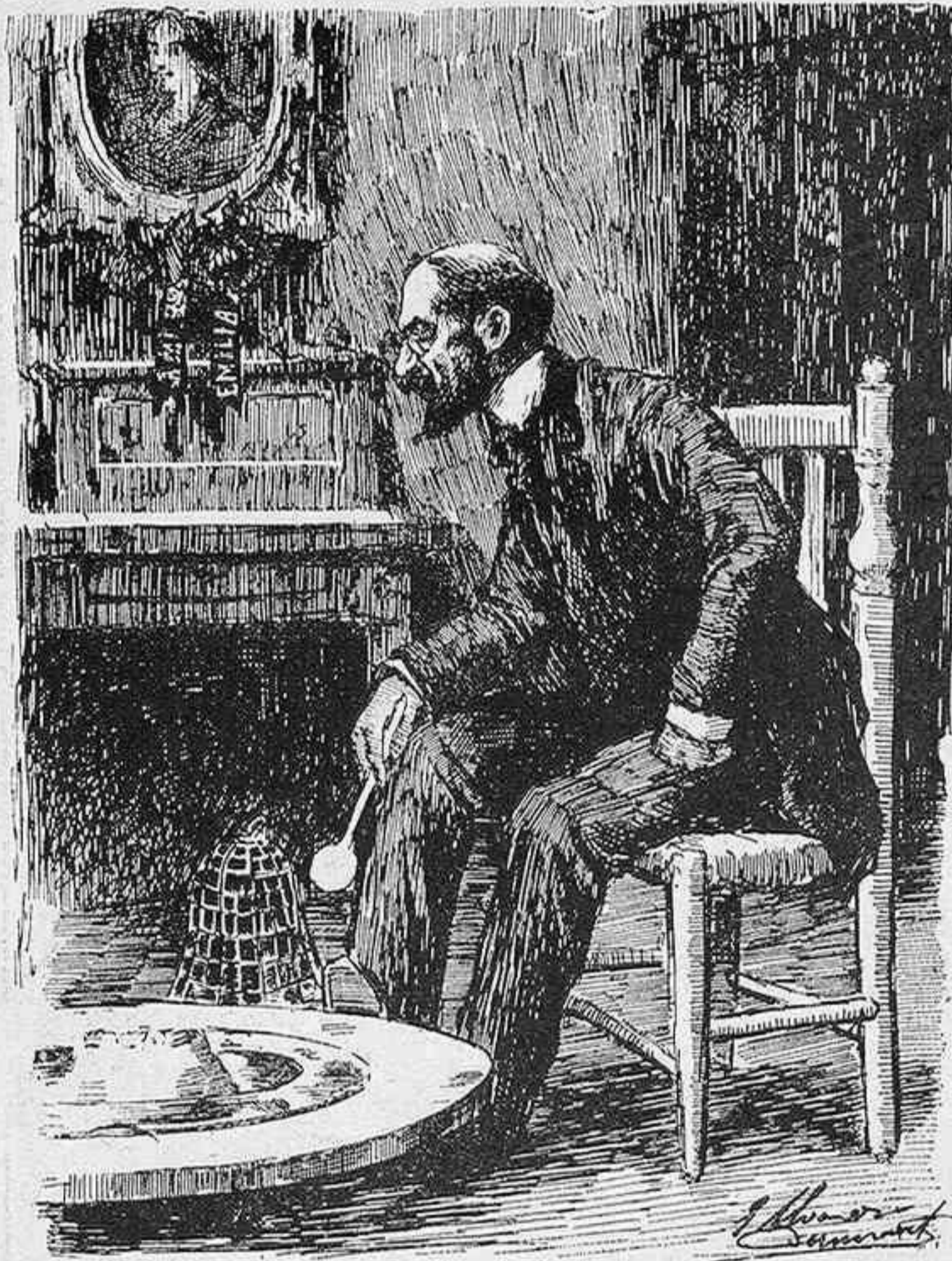
Dibujo de R. COSTA.



REFRIGERIO EN EL CAMINO.

## LA PULSERA

SENTADO en una de las llamadas sillas de Vitoria, apoyados los pies en la barnizada tarima, Ramón Vicien recogía la ceniza alisándola en torno del fuego con la brillante badila.



Tenía los ojos fijos en el encendido brasero, pero su imaginación estaba muy lejos de allí. Pensaba en su querida Emilia, muerta hacía tres meses, á los dos años escasos de casados y cuando aún no habían visto ponerse la luna de miel.

¡Qué buena y cariñosa era! Otra como ella no la había de encontrar aunque la buscara con un candil. Después de hacerla, Dios había roto el molde.

¡Cómo le mimaba y qué arreglado iba siempre á la calle! No tenía más que las tres mil pesetas de su sueldo; pero vestía como un jefe de Administración, nada le faltaba. ¡Qué comidas tan limpias y sabrosas le esperaban cuando volvía del Ministerio, cansado de revolver expedientes; con qué cariño le recibía, qué agradables paseos daban por las noches, cogiditos del brazo, parándose delante de todos los escaparates, hablando como novios y haciendo hermosos castillos en el aire! Los domingos, ya se sabía: á comer en los Viveros y al teatro en delantera de galería. Y á todo esto, el mes se concluía sin apuros; en casa no faltaba nada y, al cobrar su paga, siempre quedaban en la cómoda unas cuantas pesetas sobrantes del mes anterior.

La verdad es que era inexplicable cómo la pobre Emilia se arreglaba. Durante los primeros meses de su casamiento, hubo algunas dificultades. Es claro que le faltaba experiencia; pero pronto tomó la embocadura al manejo de la casa y todo iba bien. ¡Qué buen ministro de Hacienda hubiera hecho!

Eso sí, gustaba mucho de trapos y alhajas, pero bien mirado, era la cosa más natural del mundo. Sin hijos y sola todo el día, en algo había de entretenerse, y después de todo ¿qué gastaba? Una miseria. El no entendía de telas, pero cuando al volver á casa lo re-

cibía Emilia dándole un beso y le enseñaba el vestido que aquel mismo día había comprado en la calle de Postas; se hacía cruces al ver que sólo costaba uno ó dos reales la vara. Es verdad que tenía manos de hada, que transformaba aquellas humildes telas en elegantes trajes y que con unas plumas viejas y algunas cintas, sabía hacer preciosos sombreros que en cualquier tienda hubieran costado un dineral.

¿Pues y las alhajas? Muy bonitas, de mucho gusto, pero morralla pura; la mejor era una pulsera que costó quince duros, en los «Diamantes Americanos» de la calle de la Montera.

Este recuerdo hizo variar de rumbo los pensamientos de Vicien. El no había de casarse otra vez: ninguna mujer ocuparía en su casa y en su corazón el puesto de su llorada difunta, y aun cuando en un porvenir muy lejano, ocurriera esto: Vicien no lo creía, pero lo admitía en hipótesis, como se admiten los absurdos; pues bien, aún así, jamás daría á otra las joyas con que se había adornado Emilia. Sería una monstruosidad, un sacrilegio, profanar su memoria; dar un bofetón al descarnado cadáver. No, eso no lo haría nunca; la había querido y respetado mucho en vida, para ofenderla después de muerta.

¿Pero qué haría con las dichas alhajas? Cuando enviudó no quiso volver á la estrechez de las casas de huéspedes, donde toda incomodidad tiene su asiento; prefirió vivir sólo con sus recuerdos utilizando los muebles y ropas que tenía y por los cuales, puestos en venta, no hubiera sacado la décima parte de su valor. Tomó un piso más pequeño, encargó de su arreglo y limpieza á la portera, mediante una módica retribución y en una hostería de la calle de la Aduana, disfrazada con el exótico nombre de *restaurant*, por dos pesetas diarias, comía, sino opíparamente, mejor que en cualquier casa de huéspedes.

Paraba en la suya lo menos posible, fiándola al cuidado de la portera que como tenía que hacer otras muchas cosas para ella de más momento é importancia, á lo mejor cerraba la portería dejando la seguridad de los vecinos entregada á la codicia de los rateros y á la vigilancia de la policía, de cuya existencia en España, sólo el presupuesto da evidentes pruebas.

Así las cosas, no tendría nada de extraño que al volver un día á su casa, la encontrara abierta y sa-





queada, como á cada paso sucedía en Madrid. Fuera de las alhajas, no sería mal chasco el que se llevarían los ladrones, porque sus escasas economías las depositaba en seguida en la Caja de Ahorros para tener un fondo de reserva que le sirviera en cualquier enfermedad ó inesperada, pero posible, cesantía; el resto del dinero lo llevaba siempre consigo; pero con las alhajas no podía hacer lo mismo.

Poco valdrían entre todas, pues que al venderlas se pierden las hechuras y en las que tenía, éstas valían más que el oro que era escaso y de baja ley, y por la pulsera, si es que se la compraban, que por ser falsa lo dudaba poco ó nada sacaría. Con todo, puesto que él no se las había de dar á otra mujer, mejor era que un platero las fundiera; evitar la contingencia de un robo y unir lo que por ellas sacara, poco ó mucho, al fondo de reserva que estaba formando.

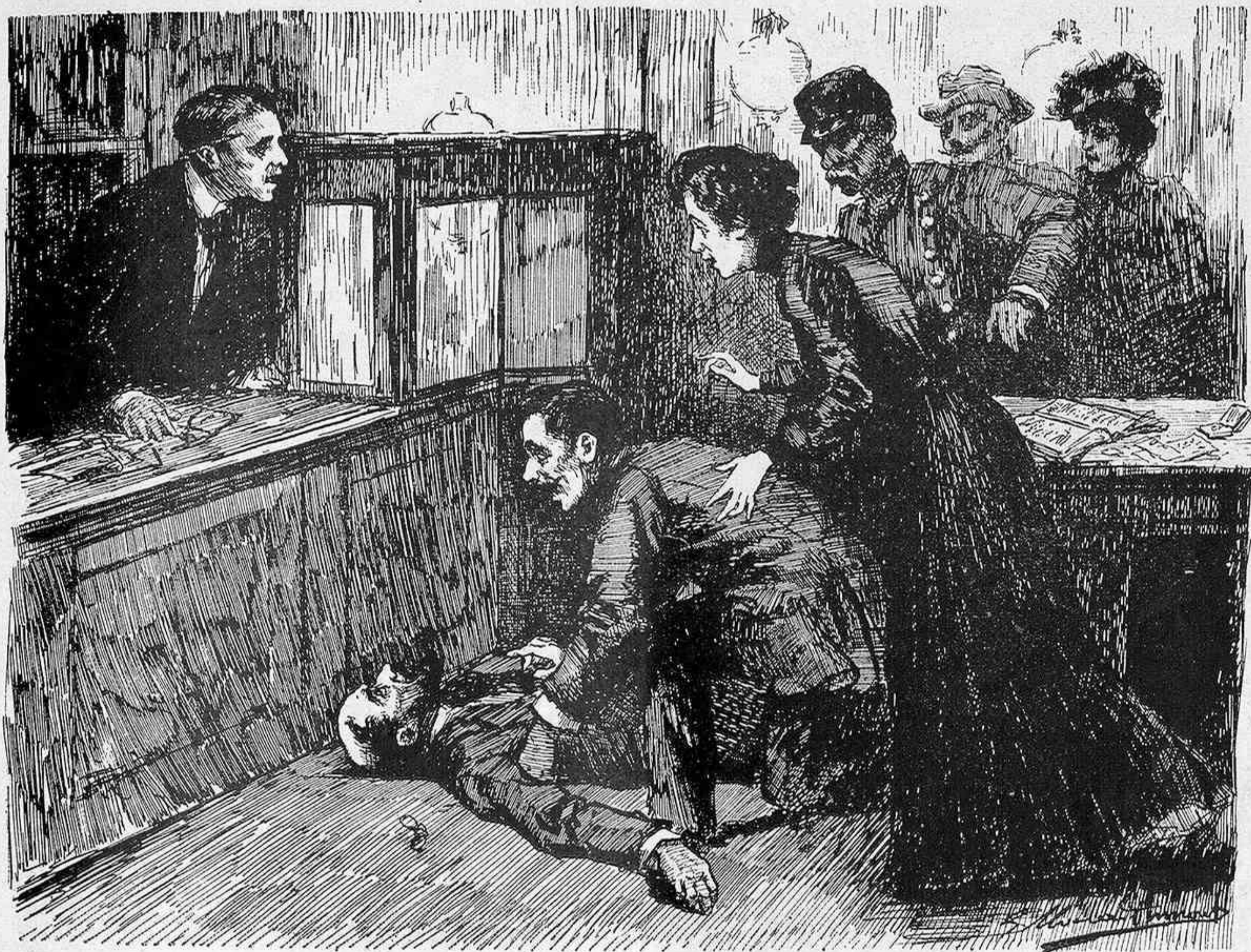
Justamente un condiscípulo suyo era dueño de una joyería de las de más lujo de la Carrera de San Jerónimo, y como era hombre de bien y más que medianamente rico, tenía la seguridad de que no le

había de engañar. En cuanto á la pulsera, por ser falsa, de seguro no se la tomaría, pero ya le indicaría dónde y por cuánto la podría vender.

Tomada esta resolución, sacó las menguadas joyas del armario donde las guardaba; limpiólas con un trozo de gamuza para darles mejor vista, las colocó en un pañuelo que anudó con cuidado; metióse la pulsera con su estuche en el bolsillo y aprovechando el que por ser aquel día el del santo del Rey, no había oficina, llevando bajo el brazo el envoltorio, fué de su casa á la del diamantista al cual francamente expuso sus deseos, mientras que sobre el mostrador ponía de manifiesto el contenido del pañuelo.

—No compro nada viejo, — dijo el amigo, — pero por ser cosa tuya lo tomaré para deshacerlas y aprovechar el oro y las piedras que lo merezcan, que son muy pocas, así es que no te daré más que el peso, al precio corriente en el mercado.

—Desde luego me conformo con lo que me des, que será lo justo; pero tengo otro favor que pedirte y es que aun cuando sé que ni vendes ni compras



nada falso, me digas dónde me tomarán esto y cuánto he de pedir.

Y uniendo la acción á la palabra, sacó el estuche con la pulsera y lo entregó á su amigo.

Este con gesto displicente abrió el estuche, pero apenas vió la pulsera, cambiando de semblante preguntó en tono zumbón:

—¿De modo que esto es falso? ¿Dónde lo compraste?

—Fué mi pobre Emilia: el día de su santo le di quince duros para que los empleara en cualquier cosa de su gusto, y compró eso en los Diamantes Americanos.

—¿Y estás seguro de que costó eso?

—Ya ves que ella no me había de engañar.

—Pues chico, no me lo explico. Esta pulsera no es falsa; ha salido de mi casa, como vas á verlo. Y mirando un número que en el fondo del estuche había, cogió del escritorio un libro y empezó á hojearlo.

Mientras tanto, Vicien no sabía lo que le pasaba, un sudor frío inundaba su cuerpo, las sienas le latían con violencia, el corazón saltaba dentro del pecho como si quisiera echarse fuera, y ansiosamente miraba como una tras otra pasaban las hojas del libro cubiertas de guarismos alineados en interminables columnas.

—Aquí está: el dos de Abril vendí esta pulsera en dos mil quinientas pesetas.

La víspera de su santo, pensó Vicien, y luego balbuceó:—¿Sabes quién la compró?

—No, porque yo no hice la venta;—y volviéndose á sus dependientes preguntó:—¿Alguno de ustedes recuerda haber vendido esta pulsera?

Uno de los interpelados se acercó, miró la alhaja y respondió:—Yo la vendí y recuerdo bien que fué al señor conde de Monterojo.

Vicien no pronunció una palabra; tenía la lengua seca y pegada al paladar: parecía que la tienda y los que en ella estaban, giraban en torno suyo arrastrados en loco torbellino.

Sus manos crispadas sobre el mostrador, le impedían caer. Los ruidos exteriores llegaban á él confu-

sos é inenteligibles, como apagados ecos de un mundo extraño. Tuvo noción de que su amigo le habló largo rato gesticulando con vivacidad, pero no comprendió lo que le decía.

Vió vagamente que ante él ponía algunas monedas y billetes de banco; y después nada. Sus dedos dejaron de oprimir el mostrador y cayó desplomado.

Alborotáronse los que en la tienda estaban, arremolinóse la gente que por la calle pasaba, y al saber que se trataba de un accidente, uno de los curiosos, que por ventura era médico, entró en el establecimiento, reconoció al caído y exclamó:

—Ha fallecido por la rotura de un aneurisma.

J. ALVAREZ CASAS



ARBOL EN EL CAMINO DE SAN LUIS—RÍO PAUCARTAMBO.— (Lima).

## LA VERDAD Y LA MENTIRA

**Y**o soy más antigua que tú. Debes cederme el paso. Si los hombres no me conocieran, no hubieses tú vivido.

—Es exacto; pero no te pongas moños. Hoy por hoy, nadie se acuerda de ti y todos me acarician y buscan. Si yo les falto, se les hace la vida imposible á los hombres. Y si por casualidad apareces tú en mis dominios ¿qué ocurre? El espanto reina en todas partes; los hombres se miran recelosos unos á otros y huyen de ti como huye la sombra de la luz, la alegría de la desesperación, la vida de la muerte.

—Por esta vez no te pareces á ti misma; hablas por mi boca. Mas no me niegues que tú eres la mala consejera de los hombres...

—Pero les halago...

—Y les aniquilas.

—Les presto alegría...

—Y les inutilizas...

—Hago que se crean mejores de lo que son...

—Y les dejas sin poder ser útiles á sí mismos y á los demás.

—Aquí donde me ves, yo soy el arte...

—Que nada crea, ni á nada conduce.

—Yo la esperanza...

—Que nada cumple.

—Yo la vida...

—Que termina en la muerte.

—Yo soy el verbo...

—Que no engendra ni concibe.

—Yo soy el ideal...

—Que jamás se realiza.

—¡No se puede hablar contigo!

—No; porque yo soy la acción...

—Que mata.

—La fuerza...

—Que destruye.

—El amor...

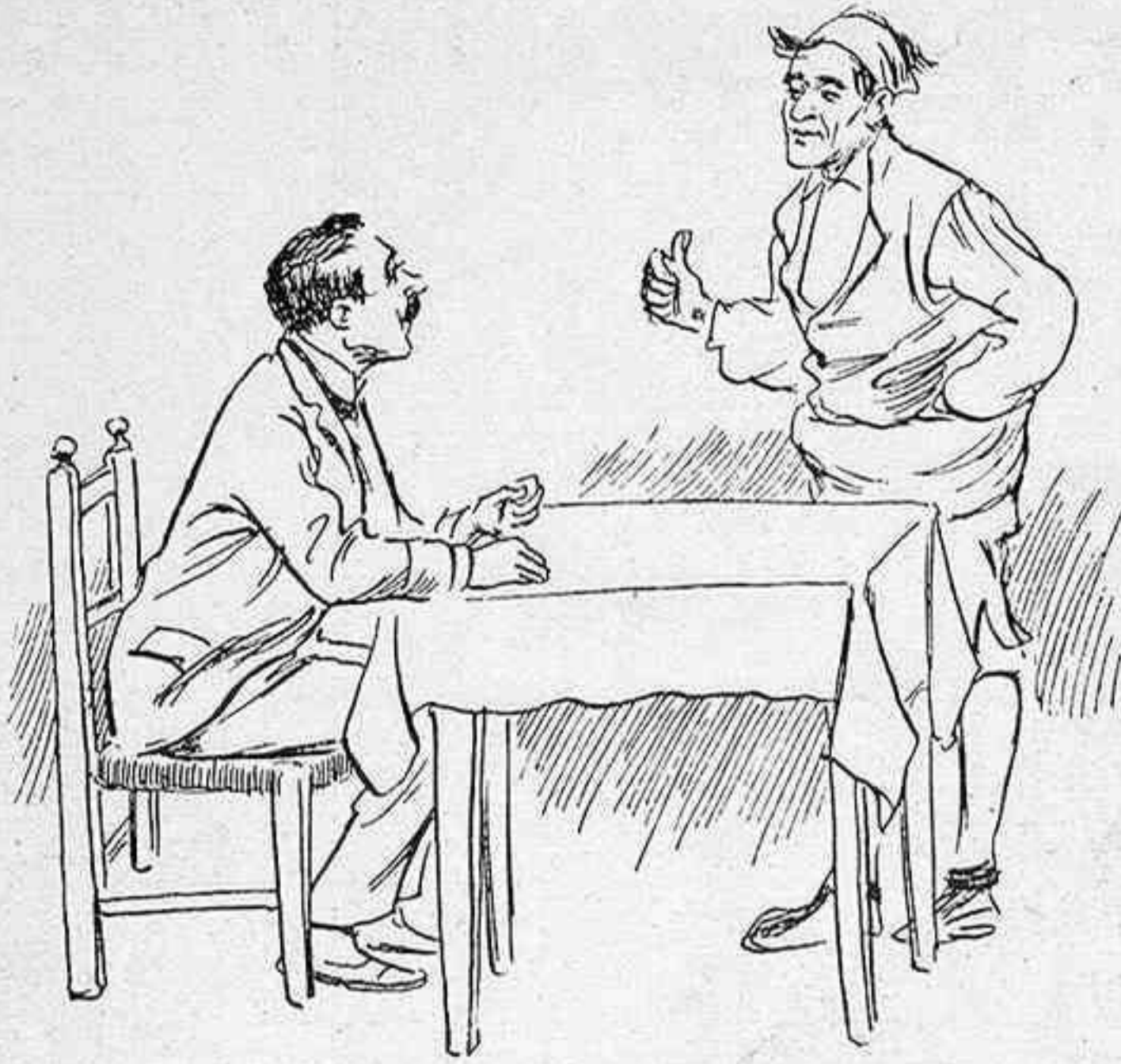
—¡Alto ahí! El amor, es mi hijo predilecto.

—No; es mío, sólo mío.

¿Quién tenía razón? ¿LA MENTIRA imprudente ó LA VERDAD severa?

Llamado á capítulo el Amor en persona, dicen que dijo que no podía fallar el pleito. Y como el Amor es el árbitro supremo del mundo y de la vida, de ahí que la Verdad y la Mentira reinen por igual entre los hombres.

\*\*\*



—¿No tendrá usted un palillo para los dientes?  
 —Sí, señor.  
 —¿Y por qué no los pone usted en la mesa?  
 —Porque hi observau que después de usarlos, se los llevan.



—¿Pues, chico, de qué ha muerto tu padre?  
 —Miusté, una desgracia. Una chispa...  
 —No digas más; como mi agüelo.  
 —¿También murió de una chispa eleztrica?  
 —¡Quiál de una chispa de aguardiente.



—«Himos tenido un ataque mu fuerte, pero yo, afortunadamente hi salido ileso.  
 —¿Y qué quíe icir ileso?  
 —Mujer, que lo habrán herido sin tocale la arca del cuerpo.



—Hola Quitéria, ¿y qué es de tu vida?  
 —Pues... ya m'hi acomodau.  
 —Vaya, mujer, cuánto me alegro.  
 —Vamos, señor, ¿me da usted una limosnica?  
 —¡Pues vaya un acomodo!

LECTURA INTERRUPTA; por VICENTE SERRA.



—¡Vaya una idea... tiene gracia, y además es muy curioso!



—¿Una caridad para un pobre?  
 —¡Ya lo creo que es curi...!



—...¡¡osoll... ¡¡¡Socorro!!!



Cartel anunciador de «La caperucita roja.» — Londres.